

MAR ADENTRO

Director: Alejandro Amenábar.

Intérpretes: Javier Bardem, Belén Rueda, Lola Dueñas, Celso Bugallo, Mabel Rivera, Tamar Novas.

España, 2004.

RESUMEN DEL ARGUMENTO

El origen histórico de la película puede situarse el día 13 de noviembre de 1996, cuando un marinero gallego, Ramón Sampedro, dirigió una carta a los jueces para que le permitieran acabar con su existencia tras veintiocho años de tetraplejia, en la que, entre otras cosas, decía: "Si no se entiende el sentido de la muerte, tampoco se entiende el sentido de la vida".

Ramón lleva casi treinta años tumbado en una cama. Un accidente en su juventud lo tiene inmobilizado de la barbilla para abajo. Aunque puede moverse en silla de ruedas, se niega tozudamente a utilizarla. No quiere salir de su cuarto: es su particular rebelión a la difícil situación en la que vive. Con los años, esa rebelión interna ha ido creciendo, hasta convertirse en pura obsesión por morir. En esta obsesión involucra a todos los que se le acercan, que van uniéndose a su causa: Rosa, Gené, miembro de una asociación pro eutanasia, Marc y, sobre todo, Julia, una mujer con una extraña enfermedad degenerativa, que la dejará postrada y con la cabeza perdida en el transcurso de unos pocos años. Julia es abogada, y peleará por Ramón en los tribunales hasta que su enfermedad se lo impida. Todos

ellos tienen algo por lo que luchar: "A una vida indigna, una muerte digna".

Es de valorar la dirección cinematográfica, la sólida puesta en escena y las interpretaciones magistrales de los actores. Amenábar ha sabido sacar lo mejor de cada uno. Destaca sobre todo Javier Bardem, cuya caracterización es casi perfecta. Otra interpretación importante es la de Mabel Rivera, quien interpreta a Manuela, la cuñada de Ramón, que dota a su personaje de una enorme naturalidad y credibilidad. El buen cineasta J. Ford señalaba cómo el mejor paisaje que merece la pena rodar es el rostro humano. Aquí se hace muy bien. No solo es el rostro del protagonista, sino el de los personajes entrañables que lo acompañan. Que se perfilan mejor con la emotividad de la banda sonora. Algunos autores han señalado que hay algunas secuencias quizás cursis y almibaradas¹.

Pero estamos ante un guión brillante, emotivo y hasta divertido en su descripción de las relaciones familiares y de amistad de Sampedro, que es muy ideológico y a veces descaradamente sentimental en su apología de la eutanasia y el suicidio. La deformación se aprecia de manera particular en los idílicos perfiles vitales del propio Sampedro, cuya luminosa santidad laica solo se

* Profesora de Bioética de la UCAM.

¹ Prada, J. M. ABC, 6-X-04.

rompe levemente en un par de salidas de mal humor. También poseen este modélico equilibrio los dos representantes de la asociación pro eutanasia DMD (Derecho a Morir Dignamente)².

PERSPECTIVA BIOÉTICA

Junto a los espléndidos aspectos formales, la película es superficial en su planteamiento, pues el sentimentalismo y la compasión crean un clima propicio, que conduce a aceptar que, amando la vida, es legítimo desear la muerte para no prolongarla indignamente.

Como señala Juan Ramón de Páramo, muestra que la decisión autónoma sobre una muerte digna, después de años de dolor y de sufrimiento, es sencillamente la consecuencia coherente de una vida autónoma. Plantea, y no resuelve, muchas cuestiones, que son decisivas³:

- ¿Es la muerte la solución al misterio del dolor?
- ¿Puede el hombre ser verdaderamente libre eligiendo la muerte?
- ¿La aceptación es pasividad?
- ¿Puede uno ser feliz en cualquier circunstancia?
- ¿Puede ser amado en esas condiciones?
- Y más difícil todavía, ¿puede un enfermo amar?
- Y junto a estas cuestiones de índole ética, surgen las jurídicas:
- ¿A qué caminos nos conduce la eutanasia?
- ¿Cómo se vive en los países donde está legalizada?
- ¿Dónde está el grado de dignidad o indignidad para que uno merezca morir?

² Martín, J. J. *Época*, 3-9-IX-2004.

³ Latonda, E. www.forumlibertas.com

- ¿Quién lo decide?
- ¿No corremos el riesgo de terminar matando al que no vale o al que, por su impedimento, nos complica la vida...?
- ¿Hay solución de continuidad entre las convicciones morales y las creencias religiosas?

A todos estos asuntos se les da salida desde una equivocada autonomía moral, una concepción limitante de la libertad, y una reacción equívoca ante el dolor y un olvido de la dignidad de la vida humana. Antropológicamente, la película es débil.

En efecto, la película manifiesta que hay una solución de continuidad entre ética y creencia. Olvida que el derecho a la autodeterminación tiene sus límites. Mejor, que no hay un derecho de autodeterminación sobre la propia vida. Ahí se encuentra la raíz filosófica del problema. Si se asimila la propia vida como un objeto a mi disposición, se desconoce el significado y el sentido de lo que es la vida –don y tarea– y de la dignidad que comporta⁴.

J. J. Martín ha escrito que se defiende un concepto de libertad entendida como una autonomía personal casi sin límites, ni morales ni legales, solo controlada por la propia conciencia. Lo ha sintetizado muy bien el propio Javier Bardem al definir la película: “Es la historia de una persona cuyo único Dios es su conciencia, lo que hace al hombre más libre y más humano”. Pero lo mismo podría decirse de un kamikaze o del seguidor de una secta que se suicida para alcanzar lo que considera mejor vida en el más allá. Pues la convicción más profunda puede ser compatible con la falta de autocrítica.

⁴ Martínez Camino, J. A. *Diario El País*, 27-II-1998.



Por supuesto, para no enturbiar esa autonomía sin límites, no se reflexiona sobre las posibles deformaciones de la conciencia, se obvia el posible componente patológico de la obsesión de Ramón Sampedro por morir y se pasa de puntillas por el peliagudo problema de la influencia negativa de su actitud en otros lesionados y enfermos graves. Al fin y al cabo, su motivación principal fue considerar indigna su vida como tetrapléjico⁵.

Hay también una secuencia bastante rastrera, en la que se mofa de un sacerdote. Tal como señala J. M. de Prada, se trata de una caricatura de una abyección difícilmente superable, en la que Amenábar demuestra que su intención no era comprender las razones de cada hombre, sino justificar, a través del engaño y la tergiversación de brocha gorda, las razones de su protagonista y, de paso, burlarse de quienes, en medio de la postración, aún encuentran motivos para seguir respirando⁶.

Para el profesor Díaz Pintos⁷, el tema de *Mar adentro* no es otro que una reacción humana ante el dolor, por más que se hable de dignidad y de la autonomía moral. En la confrontación con el dolor nos encontramos todos con una incapacidad radical para descifrarlo. Si es cierto que ni el cuidado, ni la compasión o el afecto que recibe Ramón logran eliminar el dolor que le agita, la curación de su enfermedad tampoco le daría el pasaporte al paraíso, puesto que él percibe su vida como un castigo, contra el que decide vengarse, y que

le ciega para ver el amor de quienes le rodean, y el que hay detrás de su misma existencia. Por eso, la "respuesta correcta" de Ramón a su dolor es a la vez temeraria y egoísta.

Temeraria, porque afronta el morir sin prestar atención a su origen, que, como el de todos, nos es otorgado. Nadie se funda a sí mismo. Somos radicalmente dependientes de un Poder que, cuando menos por prudencia, conviene venerar. El dolor ha ofuscado la dependencia creatural y enmarcado falsamente la autonomía.

Y egoísta, porque el único amor que triunfa en la película es el suyo por morir, a costa de todos los demás que convoca al pie de su cama. El más hondo el de su padre, quien solo rompe su silencio en la trama del filme para decir: "Peor a que se te muera un hijo es que se quiera morir".

En este punto concreto del sentido del amor y del sufrimiento, se aprecia claramente la debilidad de la antropología y de la moral que sustentan la decisión de Sampedro, defendida por la película. Tal y como se describe en el filme, él partía de un concepto de la felicidad más bien materialista e individualista, que cuando choca con la limitación física, resulta incapaz de dar sentido a la vida y al amor, pues ambos estarán siempre marcados por el sufrimiento.

Curiosamente, en septiembre del 2004, el festival de Cine de Venecia ofreció sus dos premios más importantes a una película que defiende el aborto y a otra que promueve la eutanasia.

El León de Oro fue entregado a *Vera Drake*, del director británico Mike Leigh, que narra la historia de una

⁵ Martín, J. J. *Aceprensa*, 104/04.

⁶ Prada, J. M. *ABC*, 6-IX-04.

⁷ Díaz Pintos, G. *Infocampus. Universidad de Castilla-La Mancha*, X-04.



mujer que en el Londres de los años cincuenta practica abortos clandestinos entre mujeres paupérrimas y desesperadas.

El Premio Especial se otorgó a *Mar adentro*. El planteamiento de estas películas es distinto, aunque ambas se centran en problemáticas difíciles.

Vera Drake es una película que muestra la historia de una mujer que actúa movida por una mezcla de ignorancia y de ingenuidad. Por este motivo, a pesar de los inevitables problemas éticos que plantea, el director es capaz de no ofender al creyente y de llevarle a alcanzar una mayor toma de conciencia.

Por el contrario, la película de Amenábar es en algunos aspectos inaceptable, pues ofrece una visión del sufrimiento y de la fe que resulta ofensiva para quien piensa de otra manera y para quien vive de otra manera el misterio insondable del dolor, de la muerte y de la eternidad. *Mar adentro*, antes que una obra de tesis, pretende ser una vindicación de la libertad del hombre para gobernar su destino⁸.

La historia de Ramón Sampedro carece de un contrapeso que represente a los millones de atribulados que apuestan por la vida. Estas personas vencen obstáculos y dificultades cada día, viven, respiran, y navegan, en muchos casos, a contracorriente, y no merecen, encima, ser empujados mar adentro, y mucho menos que su sufrimiento se use como excusa para ahorrarnos costes, aunque este motivo se oculte siempre bajo una fingida conmiseración humillante: "Tu vida, si tú lo decides, no merece la pena ser vivida". ¿Podrá ide-

arse alguna afirmación que encierre mayor desprecio a la persona?

No sería justo dejar de lado que este planteamiento es desmentido día a día por miles de personas en todo el mundo, por completo dependientes de otras y muy limitadas físicamente, pero que no han perdido la alegría de vivir y luchar, ni la capacidad de trabajo, ni el sentido solidario, enriquecedor y hasta santificador de su propio dolor.

El entramado de conflictos obviados, deformados o no resueltos enturbian la película, y llevan a replantearse la autenticidad de sus personajes y la verdadera entidad dramática y ética de sus conflictos. Además, asusta que se hable con tal frialdad y ligereza de vidas que no merecen la pena ser vividas, pues a ver quién tipifica jurídicamente ese concepto.

He aquí el testimonio de Olga Bejano, manifestado en un párrafo de su carta escrita del 13 de marzo de 1995:

"Soy tetrapléjica (conectada a un respirador desde hace 21 años, ha escrito dos libros, por los que ha recibido una Medalla de Oro):

"Creo que, debido a mi situación, puedo hablar viendo el problema desde el centro de la plaza y con el toro delante, no desde la barrera. [...] Me llamo Olga. Padezco una enfermedad neuromuscular grave, desconocida, progresiva y sin ningún tratamiento. [...] Mi vida es, desde hace ocho largos años, malestar físico, obstáculos, limitaciones, problemas hospitalarios, familiares, burocráticos... En una palabra: sufrimiento. Pero este sufrimiento si uno llega, como yo, a enten-

⁸ Prada, J. M. *ABC*, 6-X-04.

derlo, es una lección constante que ayuda a madurar y a superarse.

"Soy católica, siempre he creído en Dios, en la existencia del alma y en que cuando uno muere no termina ahí su vida. Cuando estuve en coma, tuve la suerte de tener la famosa experiencia del 'túnel'. Esto transformó mi vida. Desde entonces, no tengo ningún miedo a la muerte, porque sé que cuando uno se va, allí se siente mucho placer y bienestar. [...] Está claro que mi hora no había llegado, y yo no soy quién para alterar el destino y mucho menos los planes de Dios.

"Vivimos en una sociedad en la que priman el placer y lo material, pero el sufrimiento y la muerte vienen incluidos en la vida, forman parte de ella. Soy partidaria de luchar, no de 'huir' [...] por eso lucharé hasta el final. Respeto y entiendo a los que se dan por vencidos y no creen en nada; pero yo, cuando llegue al 'otro lado', quiero tener la sensación de llevar mis deberes cumplidos [...] La mentalidad de que sólo lo biológicamente bueno vale la pena impide conocer grandes realidades humanas: Beethoven compuso sus maravillosos cuartetos hasta el último momento; Tiziano pintaba con casi noventa años, cuando apenas podía sujetar los pinceles. Los defensores de la eutanasia olvidan que cada vida es única e irrepetible y tiene todo el valor posible. Si hubiese una vida sin importancia, ninguna sería importante"⁹.

En resumen, tal como se presenta la película con respecto a la eutanasia, se puede afirmar que confunde,

seduce y hasta, a veces, violenta la conciencia y la libertad de las gentes. No son pocos los falsos profetas de la vida «indolora», que exhortan a no aguantar nada en absoluto y a rebelarse contra el menor contratiempo. Según ellos, el sufrimiento, el aguante y el sacrificio son cosas del pasado, antiguallas que la vida moderna habría ya superado totalmente. Alguno se olvida, como ha señalado A. Cañizares, la alegre noticia del valor y dignidad de la vida. Es un alegato para legalizar la eutanasia, crimen en el que nadie puede cooperar en forma alguna ni consentir.

Bien es cierto que la muerte es siempre un enigma, un fagonazo sobre la precariedad de la vida que se pasa y no vuelve. El hombre de hoy, privado muchas veces de referencia a los valores y muy particularmente de su relación ontológica amorosa, se repliega con frecuencia sobre horizontes restringidos y relativos, y no solo quiere vivir a espaldas de la muerte, sino que desea ajustarla a su conveniencia, aunque la inmortalidad física no es una de las cualidades de la naturaleza humana ni de ningún ser vivo, pero él es el único viviente que sabe que ha de morir.

La aceptación de esta realidad indiscutible debe permitirnos entender la muerte como un proceso natural e impulsar un afrontamiento biográfico acorde con nuestras expectativas y planes vitales. El modo de encararse a la muerte es la mejor escuela para enfrentarse con la vida. La muerte nos enfrenta con nuestro final biográfico, con lo inevitable, con lo inmodificable, con lo desconocido. La muerte está tan asociada a la vida, que no es posible entender una sin la otra.

Por eso, la legislación positiva acerca de la eutanasia significa una falta de sentido humano de la existencia,

⁹ Bejano, O. *La Razón*, 8-IX-04.

y es más castrante que la muerte natural. Nadie puede estar obligado a practicar la eutanasia. En el fondo, lo que se discute es el derecho del enfermo a ser ayudado médicamente a suicidarse, olvidando que tanto el personal sanitario como cualquier persona somos por naturaleza protectores compasivos de la vida. Camus manifestó que solo hay un problema filosófico verdaderamente importante, el suicidio.

Ciertamente, el hombre no puede resignarse al hecho de morir, porque esto es algo que aplasta y entierra su sed de permanente felicidad. En último término y siguiendo a Pascal, podemos recordar que solo existen

dos clases de personas coherentes: los que gozan de Dios porque creen en Él, y los que lo buscan porque no lo poseen. Desde estas orientaciones, la eutanasia se presenta como un camino equivocado para el hombre, una eficacia sin alma, contradictoria con la sed de infinito que todos albergamos¹⁰.

¹⁰ Tomás y Garrido, C. y G. *La vida humana a través del cine*, Eunsa, 2004, p. 283.

